

otros campos de estudio; que han tomado ejemplo de su seriedad y novedad de investigación y método, entonces bien puede decirse, por fortuna, que sus discípulos son una numerosa legión.

Ferrini, maestro de vida

Ferrini no se limitaba a esa simple coincidencia de profesor y alumnos en el aula, donde mientras el uno habla, los otros escuchan... o hablan también, leen o juegan ajenos a las doctas disertaciones magistrales. Ferrini convivía con sus alumnos, porque acabada la lección, en la Universidad y fuera de ella conversaba como un amigo con sus discípulos, les estimulaba, les aconsejaba y les prestaba todas las ayudas que tenía a su alcance. Les recibía en su casa para facilitarles sus estudios. «Me permitió—dice uno de ellos—que fuese a su casa casi diariamente para adiestrarme más en la lectura del *Corpus iuris*, que él, entonces muy joven, conocía como el más prococto romanista después de larga carrera». «Era con nosotros—dice el abogado Albasini, luego su compañero de alpinismo—un verdadero padre, tratándonos siempre como en familia e incluso en la Universidad parecía que hablase con amigos».

No sólo acogía a los alumnos en su casa; le acompañaban frecuentemente mientras les explicaba puntos difíciles de sus estudios, y en el transcurso de estas conversaciones aprovechaba las ocasiones propicias para exhortarles a la virtud. No era raro que los condujese a visitar a Jesús Sacramentado o, durante el mes de mayo, a la Santísima Virgen. Invitó a alguno para que se inscribiese en las Conferencias de San Vicente. «Su celo religioso—afirma Gino Segré, su discípulo de religión judía—estaba tan lejos de la intolerancia religiosa como ajeno a necios prejuicios». Sus conversaciones mantenían un tono elevado, sin que faltasen las bromas, y nunca resultaban pesadas.

Muchos de aquellos jóvenes a quienes trató así en Mesina o Módena, al acabar sus estudios guardaron afectuosa correspondencia con su antiguo maestro, y cuando pasaban por Milán acudían a saludarle. Alguno, como Gino Segré o De Francisci, se inclinaron por el Derecho romano, y encontraron en Ferrini no sólo un maestro, sino un amigo generoso, sin aquellos celos que muchas veces se advierten en el campo intelectual.

De Francisci cuenta que en su primera entrevista, Ferrini le aconsejó que no limitase su estudio a una o pocas ramas de las ciencias

